El cruce

El rechinido anunció la última parada del metro y los golpetazos de las puertas expulsaron a los pasajeros a los andenes. Afuera, la sombra alargada de un encino marcaba el fin de la jornada y despachaba a la gente de regreso a sus casas. Al fin, les tocó encerrarse y con un portazo apartarse de los agobios de la jornada.

La salida del metro daba a una plazoleta ceñida por un cinturón de cuatro carriles. Los chirridos de llantas herían los oídos de los viandantes mientras se dispersaban cada uno por su lado. En su derredor, las llantas giraban a toda marcha y los chirridos las acompañaban en su prisa de regresar a casa.

El cerco de la plazoleta por la avenida periférica no formaba un círculo completo, acaso le faltaba un tercio por allá. Así que llegaba a la avenida, se desviaba a la derecha para formar una curva circular alrededor de la plazoleta y, antes de completar el nudo vial, viraba a la derecha de nuevo y se perdía en la lejanía.

En su recorrido, los coches se alistaban para la trayectoria circular con anticipación. Los choferes apretaban sus volantes con ambas manos y, en los momentos críticos, estiraban los cuellos en una dirección y, luego, en la otra para ayudar sus vehículos a salir del aprieto sanos y sin daños. En ocasiones, estos bólidos formaban pelotones y, en otras, vencían la curva de manera individual, uno tras otro. Los peatones habían de tener buen ojo y piernas

mozas para cruzar los carriles de un solo jalón. Si no, uno queda a merced de la embestida de fierros.

Un joven de escasos veinte años se separó de la muchedumbre y se sentó a sus anchas en una banca ubicada bajo el encino. Enfrente, un señor cuarentón con un maletín de cuero evaluó de manera optimista el tiempo disponible para escabullirse entre dos embates de fierro y quedó varado en medio de los carriles. El pobre señor sudaba la gota gorda. Con los ojos de espanto, observaba la llegada de los bólidos.

Un pie del señor avanzó y el otro lo frenó. Solo tuvo tiempo de levantar los brazos en forma de cruz para dar el paso a un coche que prácticamente rozó su nariz. Inspirado por la hazaña de este coche, el siguiente no dejó que el pie del chofer se despegara de su acelerador y celebró su atrevido paso por un lado del varado con un pitazo.

El varado de brazos abiertos, volteado hacia el lado opuesto de la plazoleta, atrajo la atención de un puñado de jóvenes y una dama abrazada a sus bolsas de comestibles. La figura del señor inmóvil sumergida en la corriente de los automóviles suscitó comentarios y consejos desde el otro lado del peligro.

–¡Baja los brazos! ¡Échale con todo o te van a machacar! –se escucharon los gritos de un par de jóvenes.

–¡Te van a hacer huevo estrellado! –y la exclamación suscitó un par de risas.

Un joven con pantalón de mezclilla gastada evaluó la situación en voz baja –es demasiado rígido, es todo un espantapájaros que quedó espantado.

–Puede lograrlo –añadió su compañero–, he visto a más viejos y más gordos salvarse de la rotonda.

El muchacho dudoso de las habilidades del varado se quedó observando los caprichos del tráfico y, tras un trecho de reflexión, desafió a su contrincante –te apuesto veinte que deja una mancha de tomate en el periférico, ese… señor.

–Acepto.

Parada al borde de la avenida, la señora con bolsas de comestibles lanzó al varado un salvavidas en forma de consejo. –¡Baje los brazos, no tenga miedo, puede cruzarlos! –El señor iba bajando los brazos cuando la amenaza de un motociclista los levantó de nuevo.

El joven de la banca rompió a reír y la señora lo atajó con una mirada de reproche. Al voltearse de nuevo hacia el señor, esta gruñó algunos comentarios indistinguibles para los jóvenes. El señor plantado en medio de la avenida pensó que los epítetos de la señora se dirigían a él, hizo media vuelta, miró a la señora y exclamó.

–¿Cómo se atreve a…?

–¡No se mueva! –gritó la mujer al tiempo que un autobús y un coche pasaron de ambos lados del varado.

–Tenías razón, pero va a dejar más que una mancha de tomate –comentó un muchacho de la pandilla–, me huele a huevo estrellado.

–Dos –lo corrigió el que había apostado a la mancha de tomate y los jóvenes rieron juntos con el que estaba sentado en la banca. Se reían y se sacudían el aburrimiento del día. Finalmente, estaban a salvo de la arrogancia de sus empleadores y testigos de un acontecimiento fuera de lo común.

Preso de la circulación, el señor aprovechó un hueco en el desfile para bajar los brazos, pero se levantó en la punta de los pies. Las carcajadas del ocioso de la banca resonaron de nuevo. Al instante, el señor y la señora con bolsas lo atravesaron con miradas asesinas. Este no pudo más que voltearse al otro lado tratando en vano de vencer la risa. Balbuceó entre carcajadas –no puedo… no puedo detenerme.

–Drogadictos malparidos, es lo que son –le gritó la señora.

Un integrante del grupito de los jóvenes, que estaban justo detrás del ocioso de la banca, alzó la voz –¡Nosotros no dijimos nada! –Empero, la señora siguió negando con la cabeza y barbullando groserías mientras cruzaba miradas con el varado.

–¡Voltéese! –Gritó un joven al señor–. Hay que darle pa'l otro lado.

–¡Voltéese!, ¡voltéese! –Entonaron en coro las voces de los jóvenes.

El señor miró a la señora y ella asintió. Efectuó el giro con pies de plomo y escuchó la voz de la señora –¡ahora!– Con un paso medio trabado, el señor pisó el siguiente carril cuando los gritos lo pararon en seco.

–¡No!, ¡No!, ¡Ahora no!

El señor quedó boquiabierto con un pie en la línea blanca y el otro invadiendo el carril. Un coche se le acercaba sin menguar de velocidad. Una mueca de terror estiró la cara del chofer y este dio una patada al freno. El coche patinó deslizándose hacia el señor.

Por encomienda divina, el automóvil libró el obstáculo pasando por detrás del señor. Mientras se alejaba, los ademanes del chofer manifestaban el

enojo por el miedo que le ocasionó el espanta-choferes y, a la vez, su corazón bombeaba la alegría por haber manifestado su indiscutible destreza automotriz.

El ocioso de la banca escuchó a alguien que estaba detrás de él. –No debiste haber gritado, casi lo matas–. Entre compungida y bromista, una voz le respondió –no lo hubiera logrado, es demasiado viejo–. Otra añadió –y pasado de copitas–. Los comentarios dieron paso a una contemplación silenciosa de la situación. Las estampidas de los coches hacían hondear el pantalón del varado como si fuera una banderilla que marcaba aguas peligrosas.

–Yo le ayudo– surgió un comentario entre los jóvenes. Un momento más tarde, una figura alta se irguió al lado del señor, ambos parados sobre la misma línea blanca. El rescatista soltó un par de comentarios al señor y este asintió con rigidez. Luego de dejar pasar varios coches, el rescatista se lanzó hacia el otro lado y con un par de zancadas, parecidas a saltos sobre charcos, ganó la banqueta. Se volteó hacia el señor y este respondió con un encogimiento de hombros en signo de decepción por haberse quedado atrás.

Se armaron dos grupos de soporte vial. De un lado, la señora dirigía la maniobra con el apoyo de los jóvenes bromistas y, del otro, el rescatista reproducía con ademanes las indicaciones de la señora. Las palmas de las manos levantadas se conjugaban con “espere, espere” y, luego, el abaniqueo de las manos se coordinó con el estallido de “¡Ahora!”.

Las rodillas del señor se desprendieron de la inmovilidad con un crujido y emprendieron el cruce de dos carriles. El rescatista, la señora, los jóvenes y el ocioso mantuvieron las palmas de las manos volteadas hacia el flujo del

tráfico. Unos gritaban a los choferes “alto, alto” y otros echaban porras al señor “adelante señor, adelante, puede hacerlo… es ahora o nunca”.

El señor entumecido por los años pasados en una silla de oficina arrastró los pies sobre el asfalto como si estuviera esquiando. A medio camino, se le acercó el alto rescatista para proteger su flanco. Tras unos pasos de títere, el señor coronó su éxito con la subida a la banqueta.

El equipo de rescate irrumpió en aplausos y vítores. La congestionada cara del señor ocultaba la felicidad de haber salvado su pellejo. Con el rostro inclinado hacia el suelo, sus pasos lo alejaban de la plazoleta.

Un joven exclamó –Yo gritaba adelante al chofer que venía, no a usted. Aposté y perdí por su culpa. –Los jóvenes rieron, la señora sonrió mientras negaba con la cabeza.

El señor interrumpió su caminata. Quedó congelado un momento, se volteó y se dirigió hacia los jóvenes. Sus ojos torvos y la cara encendida estaban a punto de reventar. Llegando al borde de la rotonda, irrumpió en gritos y ademanes inhumanos. Del otro lado de los carriles, con sus miradas fijas en el energúmeno, los jóvenes dieron un paso atrás.